

## LA PLUMA Y EL ACHIQUE

ALEJANDRO TOLEDO

El jugador está para pensar", son palabras del argentino Jorge Valdano, exentrenador del Real Madrid. Un año después de su publicación en España, apareció en algunas librerías de México el libro Valdano, sueños de fútbol, de los hermanos Carmelo y Martín Rivero Ferrera (con sus nombres armaron el seudónimo "Carmelo Martín"), en coedición del diario El País y la editorial Aguilar. Este título en siete meses ha sido reimpresso en seis ocasiones en la península, por lo que puede calificarse como "éxito de librerías". Desde luego, ya se le compara con aquel tomo escrito por César Luis Menotti y Angel Cappa en los años ochenta: Fútbol sin trampa (Editorial Perfil, Buenos Aires, 1986). En ambos casos el fútbol es visto desde el Río de la Plata; por ello incluso no se trata de nuestro "fútbol" sin acento, sino de "fútbol". A Jorge Valdano lo recuerda la afición mexicana porque fue parte del seleccionado argentino que obtuvo la copa mundial en 1986. Fue de Valdano uno de los goles de aquel 3 a 2 frente a Alemania, en la gran final en el estado Azteca. Eduardo Galeano, en otro libro rioplatense y "menottista", El fútbol a sol y sombra (Siglo XXI, 1995), recuerda ese momento: "Valdano arrancó con la pelota desde el arco argentino, cruzó toda la cancha y cuando Shumacher le salió al cruce, la colocó contra el poste derecho".

El mediocampista en su carrera venía hablando con la pelota, le rogaba: —Por favor, entra. Cuando observa esa jugada en el video, Valdano todavía se sorprende y dice: "¡Qué lindo que eso me haya pasado a mí!" Jugó su último partido el 4 de marzo de 1987 en Belgrado, en un encuentro entre el Real Madrid y el Estrella Roja. No fue partido de despedida: lo venció la enfermedad, una hepatitis de la que pensaba reponerse para volver a pisar las canchas europeas. Quince meses después, ya recuperado y cuando se esperaba su retorno, se dio cuenta de que era tiempo de abandonar la fiesta. "Me retiré con el dolor de quien deja un amor", escribió. Fue por una pelota, y le habló con palabras de Alfredo Di Stefano: —Gracias, vieja.

A la vez que jugaba, escribía. Ha cultivado entonces la pluma y el achique. En sus artículos fue dispersando o concentrando sus ideas futbolísticas, y a ellas acudió (por fidelidad a sus maestros y a sí mismo) cuando lo llamaron en 1992 para rescatar al C. D. Tenerife, equipo que vivía la amenaza del descenso en el fútbol español. De futbolista y "pensador" se convirtió en técnico, a sabiendas de que el hombre de la banca es "la mujer barbuda de este circo." Uno de sus sueños, hay que decirlo, era dirigir al Real Madrid, pero no tenía experiencia. La aventura en el Tenerife lo ayudó a convertirse de teórico en estratega, y dos años después de su debut como entrenador llegó a la Casa Blanca del deporte español. Y muy pronto hizo campeón al Real Madrid.

Valdano se define como "de izquierdas", lo que en fútbol significa ser "menottista" y comulgar con estos "diez mandamientos": achique, zona, barrido, presión, rombo, toque, orden, espectáculo, talento y ambición para soñar. Esa izquierda tiene en sus filas a personajes célebres como Johann Cruyff, Arrigo Sacchi o Pacho Maturana, entre otros. Los

hermanos Carmelo y Martín, siguiendo a Valdano, explican que los entrenadores menottistas "no niegan la táctica y el orden, pero cultivan, sobre todo, el talento del verdadero creador, del artista en última instancia, que es el que salta al campo a ganar con una pelota en los pies y no con un fusil en las manos". Los "de derechas", en cambio, "son militaristas más que estrategas y sostienen que todo el fútbol cabe en una pizarra, está escrito, y sólo hay, por tanto, que ejecutarlo a lo largo y ancho del campo de batalla: el estadio." Para ellos, "el fútbol es de los entrenadores, que nadie lo discuta". La derecha en el fútbol se ha fortalecido (lo que también ocurre en otras áreas de la sociedad) y sus efectos se ven todos los días en los campos del mundo. Escribe Valdano: "Los futbolistas retrocedieron dócilmente para prestarse a la revolución defensiva de los generales del banquillo; el juego se fue poniendo serio, lo útil devaluó a lo bello y el resultado se hizo dictadura".

Una anécdota puede ayudar a entender lo que Valdano pide del fútbol. Es referida por el narrador Eduardo Galeano en su libro: "En 1994, durante el campeonato español, el Real Madrid fue derrotado por el Sporting de Gijón. Pero los hombres del Real Madrid habían jugado con entusiasmo, palabra que por su origen significa tener a los dioses adentro. El técnico, Jorge Valdano, recibió con buena cara a los jugadores en el vestuario". Les dijo:

—Cuando se juega así hay permiso para perder.

El mismo Galeano utiliza como epígrafe de *El fútbol a sol y sombra*, una cantinela infantil que podría resumir el ideario menottista: "Ganamos, perdimos, igual nos divertimos". Versos que en el contexto de una "liga profesional" pueden sonar a herejía.

Jorge Valdano es hombre de palabras, pulcro prosista, sabio definidor. Dice de sí mismo: "Soy un fracasado, no he hecho otra cosa que fracasar. Pero como me gusta soñar, miro siempre más lejos".

En la temporada 1995-96, los ceses de Jorge Valdano y Ricardo La Volpe, del Real Madrid y el Atlante (en distintos espacios geográficos y diverso nivel futbolístico), pueden tener por lo menos un punto en común: ambos entrenadores proponían un juego en el que los resultados pasan a segundo término. Importa el espectáculo (hacia el aficionado) y la diversión (para los que saltan a la cancha). "El juego sirve para ser un poco felices, para huir de lo serio, para amigarnos con el otro; ese fondo fascista del resultadismo es propio de gente que divide el mundo en dominantes y dominados, en ricos y pobres, en blancos y negros, en ganadores y perdedores". La cita anterior proviene de un artículo de Valdano publicado el 29 de enero en el diario *El País*, texto que funciona como despedida (momentánea) de su papel de "técnico" y regreso al gambeteo con la pluma.

Al parecer, entonces, se impone en el mundo un fútbol defensivo, de nueve defensas y un atacante. Todo porque el que un equipo pierda (aún cuando lo haga con brillo) no gusta a directivos, prensa y aficionados; empatar los deja entre azul y buenas noches... y los triunfos son celebrados con gran ruido, aunque se juegue un mal fútbol. Para los directivos nunca habrá permiso para perder. Se quiere que las escuadras funcionen como fábricas y produzcan puntos, acumulables semanalmente en la tabla de clasificación como acciones en una casa de bolsa.

La certeza de que el fútbol es algo más que un encuentro de empresas y empresarios parece guiar a la antología *Cuentos de fútbol* selección y prólogo de Jorge Valdano, que con sus aparatosas (pero ligeras) 376 páginas apareció a finales de 1995 en España y comenzó a circular en los primeros días de este año en las librerías de nuestro país, acompañando *Sueños de fútbol*. Son 24 relatos de otros tantos autores, entre españoles y latinoamericanos.

Se incluye un divertido cuento del mismo Valdano, sobre un portero que cumple el sueño (que lo asaltaba igual durante el día que en la noche) de afrontar un penalty en un partido decisivo y en el último minuto del tiempo complementario. El título del cuento puede llamar a engaño: "Creo, vieja, que tu hijo la cagó", pues lo primero que pensaría un lector más o menos distraído, es que el joven arquero se tira para el otro lado y el penalty acaba en pena máxima, no penita sino gran pena. Pero no ocurre de ese modo: "Juan Antonio Felpa flexionó levemente las rodillas y con los ojos fijos en el lanzador escuchó la orden del árbitro. Ya tenía la decisión tomada. Cuando el "Betel" golpeó la pelota, Felpa ya volaba en la dirección del sueño. Al lado del palo derecho, se abrazó a la pelota en el aire, y antes de caer al suelo sintió como un relámpago, la alegría más grande de su vida". ¿En qué momento ocurre el error? Sigue el cuento: "Lo cierto es que (Felpa) se levantó del suelo endiosado, y queriendo prolongar ese momento mágico, cometió el error de buscar la gorra dentro de la portería con la pelota debajo del brazo. El árbitro dudó antes de dar el gol, y el campo entero tardó en echarse las manos a la cabeza entre eufóricas risas celestes y sorprendidos lamentos verdi-rojos".

Me detengo en este relato que puede dar una idea del tono de la antología, el tipo de aventuras que en ella encontrará el lector. Habría que decir, por ejemplo, que las historias sobre porteros y anotadores son las más, o que esa imagen del penal en el último juego de la temporada, con empate a cero y el árbitro a punto del soltar el silbatazo final, es más que recurrente. Aparece también en "Tanta pasión para nada (la paradoja de Djukic)", de Julio Llamazares; en "El alma al diablo", de Justo Navarro, y en "El penal más largo del mundo", de Osvaldo Soriano.

Hay en el libro partido "de pueblo" y grandes "derbys". Otra constante es la relación entre jugadores y aficionados, que pueden tener desenlaces trágicos, como en "Fondo sur", de Manuel Vicent. También se habla del desencanto de quien se encuentra en un programa televisivo con aquella estrella que alimentó sus sueños adolescentes: "Qué viejo estás y qué gordo", de Carlos Casares, antihomenaje a Alfredo Di Stéfano. El protagonista de este relato no se da cuenta, tal vez, que el monitor casero se convierte en espejo: el tiempo ha sido ingrato con la estrella y con el hincha. Para tener una correcta apreciación de estos *Cuentos de fútbol*, hay que detenerse en dos puntos. Primero, que no todos los cuentos seleccionados habían aparecido en libros; es decir, Valdano encargó unos y recuperó otros de secciones periodísticas, y tuvo que asumir los riesgos que esta decisión planteaba. En esta línea del compromiso con "gente cercana" lamentemos la inclusión de "Cuando los balones se volvieron invisibles", de Fulgencio Arguelles; "Sobre el tiempo", de Bernardo Atxaga; "Ganas de quejarse", de Rosa Regas, o "Aquel santo día en Madrid", de José Luis Sampedro, que se quedan a medio camino entre el artículo ligero y el relato. Tampoco era necesario agregar a Eduardo Galeano con un capitulito de *El fútbol a sol y sombra*, que no tiene nada de ficticio ni narrativo.

Lo segundo es que a los autores se les publica en estricto orden alfabético, desde la "A" de Arguelles, hasta la "V" de Valdano, Vicent y Villoro. La disposición de los relatos responde entonces a ese capricho, con lo que la antología adquiere una estructura quizá inadecuada: se empieza con cuentos literariamente pobres...

Qué imagen del libro estamos dando? Digámoslo de modo figurado: se trata de un buen partido de fútbol, en el que destacan las "anotaciones" magistrales de Javier Marías ("En el tiempo indeciso", relato en el que el ejercicio físico se convierte en umbral hacia lo metafísico) y Roberto Fontanarrosa (" 19 de diciembre de 1971"), con buenas gambetas y achiques de Mario Benedetti ("El césped"), Ángel Fernández-Santos ("La poda del olivo"), Augusto Roa Bastos ("El crack"), o Juan Villoro ("El extremo fantasma"), para no mencionar a otros que ya han aparecido en estos apuntes.

El encuentro, no obstante el desequilibrio, vale la pena.